

## ¿Puede venir algo bueno de Washington?

*Thomas Flynn*

*Licenciando en teología*

**C**uando digo a la gente que soy de Washington, normalmente piensan dos veces y después me dicen: “¿Puede algo bueno venir de Washington?”, a lo cual respondo con indiferencia: “En Washington, las cosas malas casi siempre vienen de fuera”.

### **Los niños son siempre niños**

Siendo el menor de tres hermanos, tuve que aprender velozmente a defenderme de ellos, que tenían como deporte favorito molestarte hasta hacerme perder la paciencia. Mi mamá siempre tan cariñosa me mandó inmediatamente a clases de karate con la esperanza de que pudiera defenderme mejor de los otros dos, pero no dio resultado hasta que pasé la adolescencia y superé en estatura a ambos.

Nuestra casa se encuentra en una colina en Bethesda, en Maryland. Mis hermanos y yo fuimos todos a la misma escuela (St. Jane de Chantal) jugamos todos los mismos deportes (excepto bádmin-ton, si se puede considerar un deporte), compartimos los mismos amigos y hasta compartimos la misma ropa (mi mamá nos hacía pasar la ropa de uno al otro en cuanto crecíamos). La vida era muy buena, entre muchas cortadas y moretones.

Éramos muy católicos porque mamá y papá creían que necesitaban toda la ayuda posible para contenernos y por eso inundaban el cielo con oraciones por sus pequeños traviesos. Fuimos todos monaguillos por tres razones muy trascendentales: organizaban un viaje anual a un parque de diversiones, podías salir de clases cuando acolitabas la misa de las 8 a.m. entre semana, y si tenías suficiente suerte, te daban 5 ó 10 dólares de propina en las bodas. Tal vez nuestras intenciones no eran muy piadosas, pero Dios las usó para acercarnos al Altar.

También formé parte de un club para niños llamado ECYD, dirigido por los Legionarios de Cristo. Nos divertíamos en actividades variadas cada semana, y hasta encontrábamos tiempo para hablar de Dios y de la importancia de la fe. No me acuerdo del contenido de ninguna plática que nos dieron los padres, pero sí me acuerdo de su ejemplo de alegría y amor a Cristo. Dentro de mi pe-

queño corazón se encendía una pequeña llama, y me dije un día: “¡Estos sacerdotes sí son increíbles! Si un día soy sacerdote, quiero ser como ellos”.

Los tres hermanos fuimos bendecidos con una mamá y un papá que nos quieren más que todo el mundo entero. Nos enseñaron a rezar, a perdonar, a disfrutar la vida, a ser caballerosos, a dar lo mejor, a luchar y a comportarnos. Aunque todavía trabajo en el último punto, estoy para siempre en deuda por lo que hicieron por mí. Y además nunca nos sentaron para explicarnos estos principios. Aprendimos con su ejemplo. Risas y alegría corrían por los pasillos de nuestra casa y se volvían contagiosas. Hasta el día de hoy nunca ríe tanto como cuando estoy con mi familia. No teníamos todo lo que deseábamos, pero no me acuerdo que faltara nada. A decir verdad, si la Iglesia decide canonizar mis papás un día, no me sorprendería en absoluto. Mis hermanos y yo ya los hemos purificado lo suficiente.

### **Un pececito insignificante en un mar inmenso**

Llegó el tiempo de ir a la secundaria y preparatoria y seguía de nuevo los pasos de mis hermanos en la escuela pública local *Walter Johnson High*. De un salón de clase de 30, pasé a una generación de 500 alumnos. Era un pez insignificante en un mar inmenso y tenía que aprender a defenderme, aunque nunca fue necesario usar mis cualidades de karate (que no eran por cierto nada espectaculares). Me di cuenta que en los deportes era donde encontrar amigos rápido. Fue muy edificante para mí, que venía de una escuela católica, conocer a tanta gente de otras razas, culturas y credos. Mis amigos eran sobre todo judíos, protestantes, ateos, musulmanes, budistas, baptistas y algunos católicos aquí y allá. Respetaba a todos y me interesé más por mi propia fe. Como es común en estos colegios, la moralidad no era un punto fuerte. En las fiestas se encontraba fácilmente alcohol y marihuana. Se experimentaba y se hablaba abiertamente de sexo. Por suerte me salvé de todo esto, sabiendo que era inmoral y que no le agradaba a Dios. Me acuerdo que una vez entrando a clase de historia me encontré con un bebé sentado en mi silla. Me sorprendí al saber que era de una chica de mi clase que no pudo encontrar una niñera. Había gangsters, pandilleros, drogadictos, nerds, raperos, locos desastrosos, rockeros ¡todos peces en el inmenso mar!

Con la ayuda de mi familia y de los padres legionarios, mi fe permaneció como una parte importante en mi vida. Nunca se me olvidó una misa de domingo, y rezaba el rosario cuando me acordaba. Pero sentía que mi amistad con Cristo perdía brillo y fácilmente me podría encontrar yendo en un camino equivocado, pronto. Y entonces Dios me mando un ángel.

Bueno, no era un ángel de verdad ¡Pero sí que parecía uno! La Providencia me regaló una novia que me puso en el camino correcto. Es de una familia de nueve hermanos y estaban en la misma parroquia. Fue a un colegio sólo de niñas en el centro de Washington y gracias a Dios invertía yo cada vez más tiempo con ella y sus amigos que con los “amigos” de mi colegio. Ella amaba su fe y me ayudó a apreciarla también. La vida me sonreía de nuevo, pero faltaba algo...

## **Dios me puso un despertador**

Un día un legionario llamado P. Michael me llamó. Me invitó a Cheshire a un viaje de esquiar con retiro. Me encantó la idea de esquiar. Me impresioné mucho al llegar a Cheshire, el noviciado de los Legionarios de Cristo en Connecticut. Tantos jóvenes en la capilla con sotana negra y la cabeza ligeramente inclinada en reverencia al Señor. Tan limpios, sin una mancha en los uniformes, rectos y bien puestos. Parecían soldados arrodillados ante su general. Y mi segunda impresión vino cuando pasamos a comer: cada uno tenía una sonrisa de oreja a oreja. Eran las personas más felices que había encontrado jamás y me dio tanta envidia.

En la noche acostado, me decía: “Yo aquí con todo lo que puedo desear: Tengo una familia maravillosa que me ama, tengo una novia hermosa, no me falta nada material, y hasta estoy viviendo mi fe ¿Por qué estos en el seminario son más felices que yo? ¡No tienen nada excepto un crucifijo!” y esta pregunta se me quedó clavada y no me dejaba en paz.

Regresé a casa y en la puerta mi mamá me saludó diciéndome que mi novia estaba en el teléfono. Tenía entradas a una cena en un club de comediantes en Georgetown, en el centro de Washington y quería que fuéramos. Lo único que tenía en mente era el increíble fin de semana que acababa de terminar, los increíbles seminaristas que había encontrado y lo increíble que fue el retiro. Lo último que quería hacer era ir a una cena con show de comedia... “Claro que sí voy” le dije.

El repertorio de los comediantes fueron un montón de chistes desagradables sobre la vida personal de Bill Clinton mezclados con burlas políticas (estamos en Washington), creo que no me reí ni una sola vez en toda la noche. En lo único que podía pensar era en la maravillosa experiencia que había tenido en Cheshire y en la horrible pregunta clavada en mi interior: “¡Porque son más felices que yo!”. Mi novia me preguntó que si me sentía bien. Yo le mentí y le dije que me dolía el estómago. Cuando se acabó la noche, me fui a casa a reflexionar en todo lo que estaba pasando dentro de mí.

## Un último asunto

Una semana más tarde en clase de arte me di cuenta de que una chica, católica no practicante, me miraba desde hacía al menos diez minutos, mientras hablaba el profesor. Me harté y le dije: “¿Qué pasa?”. Sonrió y dijo: “Tú serías un excelente sacerdote”. Nunca supe por qué dijo eso, pero Dios la utilizó como instrumento.

Intenté actuar lo más normal posible durante mi último año en el colegio. Me inclinaba cada vez más y más a la posibilidad de ser sacerdote, justo como aquellos seminaristas que había visto. Mientras mis amigos mandaban sus inscripciones a universidades, yo estaba llenando la inscripción para el seminario. Pero antes de llegar a Cheshire faltaba un asunto por resolver: mi novia.

Fuimos a un parque a caminar hasta que encontré el momento oportuno para darle la noticia. No sé si ella sospechaba algo. Le dije que tenía que ir al seminario de nuevo para ver si Dios no me estaba llamando para ser sacerdote. Lloró mucho pero me dijo algo que nunca olvidaré: “No permitas que yo estorbe entre tú y Dios”. Terminamos ahí, prometiéndonos ser amigos y rezar el uno por el otro.

Esa noche le pedí a Dios que le mandara el mejor esposo del mundo, ¡Ella se lo merece! Y unas semanas después de irme a Cheshire me llamó para decirme que iba a entrar en la vida consagrada del movimiento *Regnum Christi*. ¡Dios sin duda le dio el mejor esposo del mundo!

## El final del principio

En el seminario encontré la profunda felicidad y dicha que buscaba desde hacía tanto tiempo. Y descubrí por qué aquellos seminaristas eran tan felices. Al vaciarse de todo en esta vida se han llenado de Dios. Como dijo san Agustín: “Nuestros corazones están inquietos hasta que descansan en Ti”.

Se podrían decir más cosas de cómo Dios me llamó al sacerdocio. Son como piezas de un gran mosaico: pequeños encuentros y coincidencias que van marcando mi vida hasta llegar a donde estoy ahora. Cada pieza es importante y si miro atrás me doy cuenta de cómo providencialmente cada una cayó en su lugar correcto. Yo no estaría aquí si Dios no me hubiera elegido. Soy su sacerdote, su instrumento.